

De mentiras y verdades

Lo difícil de aprender

Pensamientos desde un diálogo entre la serie televisiva *Chernobyl* y el libro *Voces de Chernóbil*, de Svetlana Alexiévich



Ucrania (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas). El 26 de abril de 1986 se realiza una prueba para evaluar la seguridad de uno de los más importantes reactores de la Unión Soviética. Las decisiones que se toman, una tras otra, ignoran aspectos básicos de los protocolos de seguridad, concluyendo en el más severo accidente que haya sufrido jamás una central nuclear.

En su obra *Voces de Chernóbil*, la escritora bielorrusa Svetlana Alexiévich se plantea el problema referido al recuerdo –¿o sería mejor decir al olvido?– de este hecho. En el capítulo “Monólogo acerca de para qué recuerda la gente”, nos lega el testimonio del psicólogo “Piotr S.”:

Yo también tengo una pregunta. Una a la que yo mismo no puedo dar respuesta.

Pero usted se ha propuesto escribir sobre esto. ¿Sobre esto? Yo no quería que esto se supiera de mí..., que he vivido allí. Por un lado, tengo el deseo de abrirme, de soltarlo todo, pero, por otro, noto cómo me desnudo, y esto es algo que no quisiera que...

¿Recuerda usted aquellos en Tolstói?... Después de la guerra, Pierre Bezújov está tan conmocionado que le parece que él y el mundo han cambiado para siempre. Pero pasa cierto tiempo y Bezújov se dice sorprendido a sí mismo: “Todo continuará igual, seguiré como antes riñendo al cochero, me pondré a refunfuñar como siempre”. Entonces, ¿para qué recuerda la gente? ¿Para restablecer la verdad? ¿La justicia? ¿Para liberarse y olvidar? ¿Porque comprenden que han participado en un acontecimiento grandioso? ¿O porque buscan en el pasado alguna protección? Y todo eso, a sabiendas de que los recuerdos son algo frágil, efímero; no se trata de conocimientos precisos, sino de conjeturas sobre uno mismo. No son aún conocimientos, son solo sentimientos. Lo que siento.

Me he torturado, he rebuscado en mi memoria y al fin he recordado.

Lo más horroroso que me ha sucedido... (2016, p. 59)

En horas de la madrugada, la fusión del núcleo del reactor es seguida de una explosión que levanta la losa superior de 1200 toneladas, liberando gran cantidad de materiales radiactivos a la atmósfera. La gravedad del accidente se puede medir, al menos en la imaginación de quienes no son especialistas en estos temas, por la definición de un área de exclusión para la vida humana de treinta kilómetros de radio desde el centro de la explosión; un área tan extensa como la distancia que separa a Chernóbil de la prosperidad que hoy viven Hiroshima y Nagasaki, *las otras*, las únicas ciudades sometidas a un bombardeo por armas de fisión nuclear. Dos años más tarde, Anatoli Legasov, subdirector del Instituto “I. V. Kurchátov” de la Energía Atómica y responsable del comité gubernamental para la investigación del accidente de Chernóbil, graba en soledad un testimonio:

¿Cuál es el costo de las mentiras? No es que las confundamos con la verdad. El verdadero peligro es que, si oímos suficientes mentiras, luego no reconocemos la verdad. ¿Y que se hace ante eso? Solo nos quedaría abandonar la esperanza de la verdad y conformarnos en su lugar con historias. (Mazin, 2019)

De esta forma, comienza un relato excepcional para una particular realización televisiva. La serie *Chernobyl*, producida por HBO, cuenta la historia del accidente en las cercanías de la ciudad de Prípiat sin acometer la atención con el poder de seductor de las imágenes –por el contrario, la fotografía apela a una inusual forma de realismo–, sin reducir la complejidad de las historias personales a algún drama sentimental sobre el que la tragedia se habrá de sobreimprimir. Pretende, como pocas veces sucede, promover la reflexión y el análisis de un suceso que no es un accidente tecnológico más, sino que adquiere la dimensión de un acontecimiento único en el mundo moderno. Chernóbil pone en entredicho el optimismo contemporáneo sobre los complejos desarrollos y logros tecnológicos entendiendo que portan posibles consecuencias que no podemos mensurar. En “Monólogo acerca del poder ilimitado de unos hombres sobre otros”, Svetlana Alexiévich le da vida al pensamiento de Vasili Borísovich Nesterenko, exdirector del Instituto de Energía Nuclear de la Academia de Ciencias de Belarús:

Yo no soy del campo de las humanidades. Soy físico. Lo mío, por tanto, son los hechos, solo los hechos.

Algún día se habrá de responder por Chernóbil. Llegará un día en que será necesario responder por todo esto, como por lo sucedido en el 37. ¡Aunque sea dentro de cincuenta años! (...)

¡Qué poder! ¡Un poder ilimitado de unos hombres sobre otros! Esto ya no es un engaño, sino una guerra contra personas inocentes.

A lo largo del Prípiat vemos tiendas de campaña, familias enteras descansando. Se bañan, toman el sol. Estas personas no saben que desde hace varias semanas se están bañando y tomando el sol bajo una nube radiactiva. Estaba terminantemente prohibido hablar con ellos. Pero veo a unos niños... Me acerco y les explico. Asombro general. Me miran perplejos: “Entonces, ¿por qué la radio y la televisión no dicen nada de esto?”.

El funcionario que me acompaña... En nuestros viajes solía acompañarnos algún representante del poder local, del Comité de Distrito; este era el sistema... El tipo calla. Pero puedo adivinar por su cara qué sentimientos luchan en su fuero interno: ¿informar o no? ¡Porque, al mismo tiempo, también le da lástima la gente! Es una persona normal. Aunque yo no sé de qué lado se inclinará la balanza cuando regresemos. ¿Informará o no? Cada uno decidía por su cuenta, en un sentido o en

otro. (...)

El hombre ha inventado una técnica para la que aún no está preparado. No está a su nivel. ¿Es posible darle una pistola a un niño? Nosotros somos unos niños locos. Pero esto son emociones y yo me prohíbo dejarme llevar por las emociones.

La tierra... La tierra y el agua estaban llenos de radionúclidos, decenas de ellos. Hacían falta radioecólogos. Pero en Bielorrusia no los había, los trajeron de Moscú. En un tiempo, en nuestra Academia de Ciencias trabajó la profesora Cherkásova, una científica que se había dedicado a los problemas de las pequeñas dosis, a las irradiaciones internas. Cinco años antes de Chernóbil cerraron su laboratorio; en nuestro país no puede haber ninguna catástrofe. ¿Cómo se le ocurre? Las centrales atómicas soviéticas son las más avanzadas y las mejores del mundo. ¿Qué dosis pequeñas ni qué?... ¿Alimentos radiactivos?... Redujeron la plantilla del laboratorio y jubilaron a la profesora. Se colocó en el guardarropas de alguna parte, colgando abrigos.

Y nadie ha respondido de nada.

Pasados cinco años, el cáncer de tiroides creció treinta veces entre los niños. Se ha establecido el crecimiento de las lesiones congénitas de desarrollo, de las enfermedades renales, del corazón, de la diabetes infantil...

Pasados diez años..., la duración de la vida de los bielorrusos se redujo a los cincuenta-sesenta años.

Yo creo en la historia..., en el juicio de la historia... Chernóbil no ha terminado, tan solo acaba de empezar. (2016, pp. 356-366)

¿Qué sabemos de lo sucedido en Chernóbil? ¿Qué sobre sus consecuencias? Las dudas y las inexactitudes sobre el verdadero significado de lo ocurrido en la central de Chernóbil también involucran al informe de la OEIA (Organismo internacional de Energía Atómica), la OMS (Organización Mundial de la Salud) y el PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo), sobre el cual los propios organismos comentan:

En cuanto a los efectos en el medio ambiente, el informe también es tranquilizador: las evaluaciones científicas indican que, salvo en la zona incluida en un radio de 30 km del reactor, que está muy contaminada, y en algunos lagos cerrados y bosques de acceso restringido, los niveles de radiación han vuelto a situarse, en su mayor parte, en valores aceptables. “En la mayoría de las zonas los problemas son de índole económica y psicológica, no sanitaria o ambiental”, señala el Dr. Balonov, secretario científico del Foro sobre Chernóbil, que ha participado en la recuperación de Chernóbil desde que ocurrió el accidente. (OMS, 2005)

El conmovedor relato en *Chernobyl* referido a los llamados “liquidadores”, que debieron exponerse por no más de noventa segundos a enormes dosis de radiación, cuestiona el juicio que califica de tranquilizador lo sucedido y sus consecuencias. Frente a la imposibilidad de tener un robot para limpiar el techo del edificio del reactor dañado que soporte la radiación, surge la única propuesta imaginable: utilizar “biorobots”, es decir, personas. El comandante les habla a los primeros “voluntarios”:

—Soldados, camaradas, el pueblo soviético está harto de este accidente. Quieren que lo limpiemos y les hemos encomendado esta delicada tarea. Por la naturaleza de la zona de trabajo, cada uno tendrá un máximo de noventa segundos para resolver el problema. Escuchen con atención cada una de mis instrucciones y siganlas al pie de la letra. Esto es por su seguridad y la de sus camaradas. Entrarán al edificio tres del reactor; suban las escaleras, pero no vayan al techo de inmediato. Cuando lleguen arriba, esperen adentro, detrás de la entrada al techo, y

tomen aire; les hará falta para lo que sigue. Esta es la zona de trabajo. Debemos despejar el grafito. Hay bloques de entre cuarenta y cincuenta kilos. Todo se debe lanzar por el borde. Cuiden a sus camaradas. Salgan rápidamente por esta apertura y, luego, a la izquierda, entrando por aquí. Tengan cuidado de no tropezar. Hay un hueco en el techo. No se vayan a caer. Deben moverse rápidamente y con cautela. ¿Entienden su misión tal como la he descrito?

—Sí, comandante general.

—Son los noventa segundos más importantes de su vida. Memoricen su tarea y luego hagan su trabajo. (Mazin, 2019)

Intentamos “medir” el significado de las tragedias humanas y las ponderamos según el vigor de los números: si son pocos los muertos, entonces no serían tan significativas. Comienzan así las batallas por las cifras, en Chernóbil, en la Shoah o en la represión y desaparición de personas durante la dictadura cívico-militar que comenzó en 1976 en la Argentina. Sin duda, los números impactan en nuestra conciencia, pero debemos ser cuidadosos porque pueden desintegrar las perspectivas sobre los padecimientos personales que la condición humana impone en tales circunstancias. Svetlana Alexiévich nos devuelve esa voz personal para que en la batalla infructuosa no se pierda el significado profundo de lo sucedido, y porque ese regreso es también la vuelta a la vida de quien relata, Valentina Timoféevna Ananasévich, esposa de un “liquidador”:

¡Hace poco yo había sido tan feliz! ¿Por qué? Lo he olvidado. Todo esto se quedó como quien dice en otra vida. No comprendo. No sé cómo he podido vivir de nuevo. He querido vivir. Ya ve, me río, hablo.

Sentía una angustia... Estaba como paralizada. Quería hablar con alguien, pero no con nadie de este mundo. Me iba a una iglesia, allí reina un silencio como el que a veces descubres en las montañas. Un silencio... Allí puedes olvidar tu vida.

Pero por la mañana me despierto... y busco con la mano. ¿Dónde está? Su almohada, su olor. Un pequeño pájaro desconocido corre por el alféizar con una campanilla y me despierta. Antes nunca había oído aquel sonido, aquella voz. ¿Dónde está él? (...)

Pero una mañana lo despierto, le acerco el batín, y él que no se puede levantar. Ni puede decir nada. Dejó de hablar. Y los ojos, grandes como platos. Entonces fue cuando se asustó de verdad. Sí. [*Calla de nuevo.*]

Aún nos quedaba un año. Todo aquel año se estuvo muriendo. Cada día se encontraba peor y peor, y ya sabía que sus compañeros también se estaban muriendo. Porque, además, vivíamos con esto. Con esta espera.

Decían que era Chernóbil; escribían que era por Chernóbil. Pero nadie sabía qué era aquello. Ahora aquí todo es diferente: nacemos de otro modo y morimos de otra manera. Diferente a todos lo demás. Usted me preguntará, ¿cómo se muere después de Chernóbil? Un hombre al que amaba, al que quería de una manera que no habría podido ser mayor si lo hubiera parido yo misma, y este hombre se convertía ante mis ojos en... en un monstruo. (...)

Quiero saber. Quiero comprender, ¿para qué se nos mandan semejantes sufrimientos? ¿Por qué? Al principio tenía la impresión de que después de todo aquello me aparecería algo negro en la mirada, algo ajeno. Que no lo soportaría. ¿Qué me ha salvado? ¿Qué me ha arrojado de nuevo a la vida?

Me ha devuelto a la vida mi hijo. Tengo otro hijo. Un primer hijo suyo. Hace tiempo que está enfermo. Ha crecido, pero ve el mundo con ojos de un niño. Con los ojos de un niño de cinco años. Ahora quiero estar con él. Sueño con cambiar de casa e irme a vivir más cerca de él, a Novinki. Allí está nuestra clínica psiquiátrica. Ha pasado toda su vida allí. Este ha sido el veredicto de los médicos: para que siga con vida debe estar allí.

Viajo cada día a verlo. Y él me recibe diciendo: “¿Dónde está papá Misha? ¿Cuándo vendrá?”.

¿Quién más me va a preguntar eso? Él lo espera.

Lo esperamos juntos. Yo rezaré mi plegaria de Chernóbil. Y él... Él mirará al mundo con ojos de niño. (2016, pp. 398-404)

Pero ¿qué hemos aprendido de Chernóbil? Poco, demasiado poco. Es un hecho reciente, pero tan doloroso que lo hemos olvidado. Seguimos imaginando que nuevos instrumentos tecnológicos son la forma de resolver nuestras dificultades. Seguro que nos darán la posibilidad de encontrar nuevos caminos, aunque no bajo la forma deificada actual que parece ser más bien un camino al abismo. Es difícil aprender; lo resume Legasov en su último pensamiento en la serie *Chernobyl*:

Ser científico es ser ingenuo. Estamos tan enfocados en buscar la verdad que no logramos ver cuántos quieren que realmente la hallemos. Pero siempre está allí, la veamos o no. La queramos ver o no. A la verdad no le interesan nuestras necesidades o deseos. No le interesan nuestros gobiernos, nuestras ideologías o nuestras religiones. Permanecerá a la espera para siempre. Y este, finalmente, es el regalo de Chernóbil. Mientras antes temía el costo de la verdad, ahora solo pregunto: ¿cuál es el costo de las mentiras? (Mazin, 2019)

Lo considera, también, Svetlana Alexiévich cuando decide que el epílogo de su libro denunciará cómo la tragedia se convierte en espectáculo turístico:

Bueno, y al final de la excursión se ofrece a los amantes del turismo extremo un *picnic* con comida hecha a base de productos ecológicamente puros, vino tinto... y vodka ruso.

Les aseguramos que durante el día transcurrido en la zona recibirán ustedes una dosis inferior a la que les causaría una sesión de rayos X. Pero no se recomienda bañarse, comer el pescado o la caza capturados en la zona. Ni recoger bayas o setas y cocinarlos en una hoguera. Ni regalar a las damas flores del campo.

¿Creen ustedes que todo esto es una idea demencial? Se equivocan, el turismo nuclear goza de una gran demanda, sobre todo en los turistas occidentales. La gente viaja al lugar en busca de nuevas y poderosas impresiones. Sensaciones que es difícil encontrar en el resto del mundo, ya tan excesivamente acondicionado y accesible al hombre. La vida se vuelve aburrida. Y la gente quiere algo eterno.

Visiten La Meca nuclear. Y a unos precios moderados. (2016, pp. 406)

Aprender es difícil, en extremo difícil. No deberíamos olvidarlo, es una de las más severas lecciones de la historia.

Referencias

Alexiéovich, S. (2016). *Voces de Chernóbil*. Buenos Aires: Debate.

Mazin, C. (creador). (2019). *Chernobyl* [serie de televisión]. Estados Unidos y Reino Unido: HBO.

Organización Mundial de la Salud, (2005, 5 de septiembre). *Chernóbil: la verdadera escala del accidente*. Recuperado de

<https://www.who.int/mediacentre/news/releases/2005/pr38/es/>